

Acaya, cayó en manos de Miguel Paleólogo, emperador griego que volvió a entrar en Constantinopla en el mes de agosto de 1261. A fin de obtener su libertad, Guillermo cedió a Miguel las plazas que poseía en Morea, y que había conquistado a los venecianos y a los impotentes príncipes que se elevaban y desaparecían alternativamente; estas plazas eran Monembasia, Maina, Hieracia y Misitra. Esta es la primera vez que se nombra a Misitra. Paquimero este nombre escribe sin reflexión, sin sorpresa y casi sin pensar en él; como si Misitra, pequeño señorío de un noble francés, no fuese la heredera de Lacedemonia.

Hemos visto ya que Lacedemonia se presenta con su verdadero nombre cuando era gobernada por Leon Chamareto; Misitra fue, pues, durante algún tiempo contemporánea de Lacedemonia.

Guillermo cedió de nuevo al emperador Miguel Anaplion y Argos; el territorio de Ciusterna quedó en litigio. Guillermo es el mismo príncipe de Morea de que habla el señor de Joinville.

Diedo le llama Guillermo *Villa*, suprimiendo de este modo la mitad de su nombre.

Paquimero nombra por este tiempo a cierto Teodosio, monge de Morea, que, según dice el historiador, descendía de la raza de los príncipes de este país; vemos también a una de las hermanas de Juan, heredero del trono de Constantinopla, casar con Mateo de Valincourt, francés procedente de Morea.

Miguel hizo armar una flota, y volvió a tomar las islas de Naxos, de Paros, de Ceos, de Carista y de Orea; al mismo tiempo se apoderó de Lacedemonia, diferente así de Misitra, cedida al emperador por el rescate del príncipe de Acaya; vemos a los lacedemonios servir en la flota de Miguel; y, según dicen los historiadores, fueron trasladados de su país a Constantinopla, en consideración a su valor.

El emperador hizo luego la guerra a Juan Ducas Sebastocrátor, que se había sublevado contra el imperio; este Juan Ducas era hijo natural de Miguel, despota de Occidente. Miguel lo sitió en la ciudad de Duras, y Juan halló traza de huir a Tebas, donde reinaba un príncipe llamado Juan, a quien Paquimero apellida gran señor de Tebas, que era tal vez un descendiente de Oton de la Roche. Este Juan hizo casar a su hermano Guillermo con la hija de Juan, el bastardo del despota de Occidente.

Seis años después, un príncipe descendiente de la ilustre familia de los príncipes de Morea, disputó a Veco el patriarcado de Constantinopla.

Juan, príncipe de Tebas, dejó de existir, y su hermano Guillermo fue su heredero; así pues, Guillermo llegó a ser, por medio de su esposa, nieta del despota de Occidente, príncipe de una parte de la Morea, porque este despota se había apoderado de tan hermosa provincia, a despecho de los venecianos y del príncipe de Acaya.

Andrónico, después de la muerte de su padre Miguel, subió al trono de Oriente. Nicéforo, despota de Occidente é hijo de aquel Miguel, despota que había conquistado la Morea, siguió a la tumba al emperador Miguel, dejando por heredero a un hijo llamado Tomás, y una hija llamada Itamur. Esta casó con Felipe, nieto de Carlos, rey de Nápoles, y le llevó en dote muchas ciudades y un vasto territorio. Es probable, en vista de esto, que los sicilianos poseyesen entonces algunos dominios en Morea.

Por este tiempo halló a una princesa de Acaya, viuda y muy entrada en años, que Andrónico quería casar con su hijo Juan, el despota; esta princesa era tal vez la hija ó la misma esposa de Guillermo, príncipe de Acaya, a quien hemos visto hacer la guerra a Miguel, padre de Andrónico.

Algunos años después, se hizo sentir un terremoto en Modon y otras muchas ciudades de la Morea.

Atenas vió llegar entonces del Occidente a nuevos

señores. Los catalanes, acaudillados por Jimenez, Rogerio y Berenguer, fueron a ofrecer sus servicios al emperador de Oriente; pero descontentos de Andrónico, volvieron sus armas contra el imperio, y devastando la Acaya, hicieron entrar a Atenas en el número de sus conquistas. Entonces y no antes, vemos reinar a Delves, príncipe de la casa de Aragon. La historia no dice si halló a los herederos de Oton de la Roche en posesion del Atica y la Beocia.

La invasion de la Morea por Amurat, hijo de Orcan, debe referirse a la misma fecha; se ignora su resultado.

Los emperadores Juan Paleólogo y Juan Cantacuceo intentaron llevar la guerra a la Acaya, invitados a ello por el obispo de Coronea y Juan Siderio, gobernador de muchas ciudades. El gran duque Apocauco, que se había rebelado contra el emperador, saqueó la Morea, y llevó todo a hierro y fuego.

Reiniero Acciajuoli, natural de Florencia, expulsó a los catalanes de Atenas, y gobernó esta ciudad durante algún tiempo; mas, no teniendo herederos legítimos, la dejó en su testamento a la república de Venecia; esto no obstante, Antonio, su hijo natural, a quien había establecido en Tebas, arrebató a Atenas al poder de los venecianos.

Antonio, príncipe del Atica y de la Beocia, tuvo por sucesor a uno de sus parientes llamado Nerio, que fue expulsado de sus dominios por su hermano Antonio II, y no volvió a ser dueño de su principado sino después de la muerte del usurpador.

Bayaceto hacia temblar a la sazón la Europa y el Asia, y amagaba invadir la Grecia; pero en ningún documento leo que se hubiese apoderado de Atenas, como dicen Spon y Chandler, quienes además han confundido el orden de los tiempos, haciendo llegar los catalanes al Atica después del pretendido paso de Bayaceto.

Sea de esto lo que quiera, el terror que este príncipe esparció por Europa, produjo uno de los hechos mas notables de la historia. Teodoro Porfirógeno, despota de Esparta, era hermano de Andrónico y Manuel, alternativamente emperadores de Constantinopla. Bayaceto amenazaba la Morea; y Teodoro, no pudiendo defender su principado, quiso venderlo a los caballeros de Rodas; y Filiberto de Naillac, príncipe de Aquitania y gran maestre de Rodas, compró en nombre de su Orden el despotado de Esparta, a donde envió dos caballeros franceses, Raimundo de Leytoure, prior de Tolosa, y Elias Fossé, comendador de San Majencio, para que tomasen posesion de la patria de Licurgo. El tratado fue roto, porque Bayaceto, precisado a volverse al Asia, cayó en manos de Tamerlan. Los dos caballeros, que se habían establecido ya en Corinto, entregaron esta ciudad, y Teodoro por su parte devolvió el dinero que había recibido como precio de Lacedemonia.

El sucesor de Teodoro fue otro Teodoro, sobrino del primero, é hijo del emperador Manuel. Teodoro II contrajo matrimonio con una italiana de la casa de Malatesta. Los jefes de esta ilustre casa tomaron en lo sucesivo el título de duques de Esparta, a consecuencia de esta alianza.

Teodoro dejó a su hermano Constantino, apellidado *Dragazés*, el principado de la Laconia. Este Constantino, que subió al trono de Constantinopla, fue el último emperador de Oriente.

Mientras no era aun sino príncipe de Lacedemonia, Amurat II invadió la Morea y se hizo dueño de Atenas; pero esta ciudad volvió en breve al dominio de la familia de Reiniero Acciajuoli.

El imperio de Oriente no existía ya, y los últimos restos de la grandeza romana acababan de desvanecerse; Mahomet II había entrado en Constantinopla. No obstante, la Grecia, amenazada de una próxima esclavitud, no sufría aun el peso de las cadenas que se apre-

suró a pedir a los musulmanes. Franco, hijo del segundo Antonio, llamó a Mahomet II a Atenas, para desheredar la viuda de Nerio. El Sultan, que hacia servir estas discordias intestinas al acrecentamiento de su poder, favoreció el partido de Franco, y desterró la viuda de Nerio a Megara, donde Franco la hizo reducir a prision. Esta desgraciada princesa tenia un hijo que hizo presentes sus quejas a Mahomet, el que, interesado vengador del crimen, quitó el Atica a Franco dejándole únicamente la Beocia. Atenas pasó en 1445 al yugo de los bárbaros. Dícese que Mahomet se mostró admirado de la ciudad, que no saqueó, y que visitó con interés la ciudadela. Eximió de todo tributo el convento de Ciriani, situado en el monte Himeto, porque el abad le presentó las llaves de la ciudad. Franco Acciajuoli recibió la muerte algún tiempo después por haber conspirado contra el Sultan.

Solo nos queda ya por cononar la suerte de Esparta, ó por mejor decir, de Misitra. He dicho que la gobernaba Constantino, apellidado *Dragazés*, quien, habiendo ido a Constantinopla a ceñirse la corona que perdió con la vida, repartió la Morea entre sus dos hermanos, Demetrio y Tomás. El primero se estableció en Misitra y el segundo en Corinto. Ambos hermanos se hicieron la guerra y recurrieron a Mahomet, asesino de su familia y destructor de su imperio. Los turcos expulsaron primero de Corinto, a Tomás que huyó a Roma, llevando consigo la cabeza de San Andrés, que sacó de Patrás. Mahomet se trasladó entónces a Misitra, é invitó al gobernador a que le entregase la ciudadela; este desdichado se dejó seducir y se entregó al Sultan, que le hizo serrar por medio cuerpo. Demetrio fue desterrado a Andrinópolis, y su hija quedó convertida en mujer de Mahomet, quien la estimó y temió bastante para no admitirla a su lecho.

Tres años después, Sigismundo Malatesta, príncipe de Rimini, sitió a Misitra, que tomó; mas, no pudiendo tomar el castillo, se retiró a Italia.

Los venecianos desembarcaron en el Pireo en 1464, sorprendieron a Atenas, la saquearon y se refugiaron con su botín en Eubea.

En el reinado de Soliman I talaron la Morea y se apoderaron de Coron, de donde fueron arrojados poco después por los turcos.

Conquistaron de nuevo a Atenas y a toda la Morea, en 1688, y aunque perdieron la primera casi al mismo tiempo de apoderarse de ella, retuvieron la segunda hasta el año 1715, en que volvió al poder musulman. Catalina II, al sublevar el Peloponeso, movió a hacer a este desgraciado país un postrero é inútil esfuerzo en favor de su libertad.

No he querido mezclar a las noticias históricas los datos de los viajes a Grecia. Solo he citado el de Benjamin de Tudela; pero es tan remota su antigüedad y nos da tan pocos datos, que puede comprenderse sin inconveniente en la serie de los hechos y anales. Vamos ahora a hablar de la cronología de los viajes y de las obras geográficas.

Cuando Atenas, esclava de los musulmanes, desaparece de la historia moderna, vemos empezar para esta ciudad otro orden de ilustracion mas digno de su antigua nombradía, pues dejando de ser patrimonio de algunos príncipes oscuros, recobra, por decirlo así, su antiguo imperio y llama todas las artes a sus venerables ruinas. En 1465 Francisco Giambetti dibujó algunos monumentos de Atenas. El manuscrito de este arquitecto estaba en vitela, y se veía en la biblioteca Barberini en Roma; contenía entre otras curiosidades el dibujo de la torre de los Vientos, en Atenas, y el de las ruinas de Lacedemonia, a cuatro ó cinco millas de Misitra. Spon observa con este motivo que Misitra no está en el recinto de Esparta, como había asegurado Guillet, apoyado en Sofiano, Niger y Ortélio. Spon añade: «Juzgo tanto mas curioso el manuscrito de Giambetti, cuanto que los dibujos han sido

»sacados antes que los turcos se hubiesen enseñoreado de la Grecia y arruinasen muchos hermosos monumentos que a la sazón se hallaban incólumes.» Esta observacion es exacta en cuanto a los monumentos, pero falsa en cuanto a las fechas; pues los turcos eran dueños de la Grecia en 1465.

Nicolás Gerbel publicó en Basilea en 1550 su obra titulada: *Pro declaratione picturae sive descriptionis Graeciae Sophiani, libri septem*. Esta descripción, muy apreciable atendida la época en que vió la luz, es clara, concisa y no obstante, de interés. Gerbel no habla sino de la antigua Grecia; respecto de la moderna Atenas, dice lo siguiente: *Aeneas Silluis Athenas hodie parvi oppiduli speciem gerere dicit, cujus minutissimam adhuc arcem Florentinus quidam Mahometi tradiderit, ut nimis vere Ovidius dixerit:*

«Quid Pandionae restant, nisi nomen Athenae?»

«*O rerum humanarum miserabiles vices! O tragicam humanae potentiae permutationem! Civitas olim muris, navalibus, aedificiis, armis, opibus, viris, prudentia atque omni sapientia florentissima, in oppidulum, seu potius vicum, reducta est. Olim libera, et suis legibus vivens; nunc immanissimis, belluis, servitutis jugo obstricta. Proficiscere Athenas, et pro magnificentissimis overibus, videto rudera et lamentabiles ruinas. Noli, noli nimium fidere viribus tuis, sed in eum confidito quid dicit: Ego Dominus Deus vester.*»

Este apóstrofe de un sabio antiguo y respetable, a las ruinas de Atenas, es muy tierno; nunca nos mostraremos bastante agradecidos a los hombres que nos han abierto el camino de la hermosa antigüedad.

Dupinet sostenia que Atenas era ya tan solo una reducida aldea, espuesta a los ataques de los zorros y de los lobos.

Lauremberg dice en su *Descripción de Atenas*: *Fuit quondam Graecia, fuerunt Athenae: nunc neque in Graecia Athenae, neque in ipsa Graecia Graecia est.*

Ortelio, apellidado el *Tolomeo* de su tiempo, publicó algunos nuevos datos acerca de la Grecia en su *Theatrum orbis terrarum*, y en su *Synonyma Geographia*, reimpresa con el título de *Thesaurus Geographicus*; pero confunde torpemente a Esparta con Misitra, y creía tambien que no subsistian ya en Atenas sino un castillo y algunas cabañas: *Nunc casulae tantum supersunt quaedam.*

Martin Crusio, profesor de griego y de latin en la universidad de Tubinga, a fines del siglo xvi, se informó minuciosamente de la suerte del Peloponeso y el Atica. Sus ocho libros titulados *Turco Graecia*, dan cuenta del estado de la Grecia, desde 1444 hasta el tiempo en que Crusio escribía. El primer libro contiene la historia política, y el segundo la eclesiástica de este interesante país. Los otros seis libros están compuestos de cartas dirigidas a diferentes personas por algunos griegos modernos. Dos de estas cartas contienen varios detalles sobre Atenas, que merecen ser conocidos.

Al docto Martin Crusio, profesor de letras griegas y latinas en la universidad de Tubinga, y carísima en J. C.

«Yo, natural de Nauplia, ciudad del Peloponeso, »poco distante de Atenas, he visto muchas veces esta »ciudad, y buscado con esmero los monumentos que »encierra: el Areópago, la antigua Academia, el Liceo »de Aristóteles, y en fin el Panteon. Este edificio es »el mas alto, escede en hermosura a todos los demás, »y en sus paredes exteriores se ve esculpida en derre- »dor la historia de los griegos y de los dioses. Obsér- »vanse especialmente sobre la puerta principal unos »caballos que parecen vivos, y que se cree oír relin- »char. Dícese que son obra de Praxiteles: el alma y »el genio del hombre han sido trasmitidos a la piedra. »En este mismo lugar hay otras muchas cosas dignas

de ser vistas. No hablo de la colina opuesta, en la que florecen plantas de toda clase, útiles á la medicina, colina que denomino el jardín de Adonis. También hablo de la benignidad del aire, de la bondad de las aguas, y de otros encantos de Atenas; de lo que resulta que sus habitantes, sumidos hoy en la barbarie, conservan no obstante algunos recuerdos de lo que han sido. Reconóceselos en lo castizo de su lenguaje: semejantes á las Sirenas, encantan á los que les escuchan con la suavidad de sus acentos... Pero ¿á qué hablar mas de Atenas? La piel del animal se conserva aun, pero el animal ha perecido. Constantinopla, 1575.

«Nuestro eterno amigo, Teodoro ZYGOMOLAS,
proto-notario de la gran iglesia de Constantinopla.»

Los errores hormigean en esta carta; pero es preciosa en razon de la antigüedad de su fecha. Zygomolas dió á conocer la existencia del templo de Minerva, que se creía destruido, y al que erróneamente llama el *Panteon*.

La segunda carta, escrita á Crusio por cierto Cabasilas, natural de Acarnania, añade algo á las noticias del proto-notario.

«Atenas se componia antiguamente de tres partes igualmente pobladas. Actualmente, la primera parte, situada en un lugar elevado, comprende la ciudadela y un templo dedicado al Dios Desconocido; esta primera parte está habitada por los turcos. Entre esta y la tercera se halla la segunda, en la que se reúnen los cristianos. A esta sigue la tercera, sobre cuya puerta se lee esta inscripcion:

AQUI ESTÁ ATENAS, LA ANTIGUA CIUDAD DE TESEO.

«En esta última parte se ve un palacio cubierto de grandes mármoles y sostenido en columnas; aun se ven en ella algunas casas habitadas. El casco de la ciudad tiene aproximadamente seis ó siete millas de circuíto, y encierra cerca de doce mil habitantes.

SIMEON CARASILAS,

natural de Acarnania.»

En esta descripción pueden observarse cuatro cosas importantes: 1.º El Partenon habia sido dedicado por los cristianos al Dios Desconocido de San Pablo. Spon se mofa sin razon de Guillet, por esta dedicación; Deshayes la cita en su *Viaje*. 2.º El templo de Júpiter Olímpico (el palacio cubierto de mármoles), subsistia en gran parte en tiempo de Cabasilas; todos los demás viajeros no han visto sino sus ruinas. 3.º Atenas estaba dividida como lo está en la actualidad, pero contenia doce mil habitantes, y no tiene ya sino ocho mil. Véanse muchas casas cerca del templo de Júpiter Olímpico; hoy esta parte de la ciudad está desierta. Por último, la puerta con esta inscripcion:

AQUI ESTÁ ATENAS, LA ANTIGUA CIUDAD DE TESEO,

ha subsistido hasta nuestros días. Al lado opuesto de esta puerta y hácia la parte de Hadrianópolis ó de la *Athenæ novæ*, se lee:

AQUI ESTÁ LA CIUDAD DE ADRIANO, Y NO LA CIUDAD DE TESEO.

Antes de la publicación de la obra de Martin Crusio, Belon habia publicado en 1555 sus *Observaciones de muchas curiosidades y cosas memorables halladas en Grecia*. No he citado su obra, porque este sabio botánico solo recorrió las islas del Archipiélago, el monte Ato y una pequeña parte de la Tracia y la Macedonia.

Los comentarios de D'Anville dieron celebridad á los trabajos de Deshayes en Jerusalém; pero la generalidad ignora que Deshayes es el primer viajero moderno que nos ha hablado de la Grecia (propriadamente dicha: su embajada en Palestina hizo olvidar su escursión á Atenas, ciudad que visitó entre los años 1621 y 1630. Los amantes de la antigüedad se alegrarán de hallar aquí el fragmento original del primer viaje á Atenas; pues las cartas de Zygomolas y Cabasilas no pueden ser denominadas Viajes.

«Desde Megara á Atenas solo media una corta jornada, que nos duró menos que si solo hubiésemos caminado dos leguas; y no hay jardín rodeado de alta cerca que halague mas la vista que este camino. Se recorre en medio de una espaciosa llanura, llena de olivos, de naranjos, con el mar á la derecha y frondosas colinas á la izquierda, de las cuales se precipitan tantos hermosos arroyuelos, que parece que la naturaleza se ha esforzado en hacer este país tan delicioso.

«La ciudad de Atenas está situada en el declive y en las inmediaciones de un peñasco colocado en una llanura, limitada por el mar al Mediodía, y por las agradables montañas que la rodean por el Septentrion. No tiene la mitad de la estension que antiguamente, como puede verse por sus ruinas, á las que el tiempo ha sido menos fatal que la barbarie de las naciones que tantas veces han saqueado esta ciudad. Los edificios antiguos que aun subsisten atestiguan la grandeza de los que los han levantado; porque en ellos no se han economizado el mármol, ni las columnas y pilastras. En la cima del peñasco está el castillo, de que los turcos se sirven todavía. Entre muchos antiguos edificios hay un templo que se mantiene tan intacto y poco ofendido por la intemperie, como si acabase de construirse; su disposición y su estructura son admirables. Su forma es oval; y así por fuera como por dentro está sostenido en tres órdenes de columnas de mármoles, adornadas con sus basas y capiteles; detrás de cada columna hay una pilastra que sigue su disposición y proporciones. Los cristianos del país dicen que este templo es el mismo que estaba dedicado al Dios Desconocido, y en el cual predicó San Pablo; actualmente sirve de mezquita, y los turcos van á él á orar. Esta ciudad disfruta de un clima templado, y los astros mas maléficoseos se despojan de sus nocivas influencias cuando miran esta comarca; lo que puede conocerse fácilmente tanto por la fertilidad del país, cuanto por los mármoles y las piedras, que á pesar del mucho tiempo que há están espuestas al aire, no están corroidas ni deterioradas. Duérmese en el campo con la cabeza descubierta, sin experimentar la mas pequeña incomodidad; finalmente, el ambiente que allí se respira es tan agradable y benigno, que se advierten muchos cambios al alejarse de él. Respecto á los habitantes del país, todos son griegos, y los turcos los tratan de una manera bárbara, aunque su número es escaso. Hay un *cadí* que administra justicia, un preboste llamado *soubachy*, y algunos genizaros enviados por la Puerta, de tres en tres meses. Todos estos funcionarios hicieron muchos honores al señor Deshayes, cuando pasamos por allí y le costearon el viaje á expensas del Gran-Señor.

«Al salir de Atenas se atraviesa esta gran llanura, plantada en toda su estension de olivos y regada por muchos arroyos que aumentan su fertilidad. Después de haber caminado mas de una hora, se llega á la marina, donde hay un excelente puerto fuerte que en otro tiempo estaba cerrado por una cadena; los naturales le llaman el puerto *Leon*, á causa de un enorme leon de piedra, que aun se ve actualmente; pero los antiguos le llaman el puerto del *Pireo*. Los atenienses reunian en este lugar sus flotas, y en él acostumbraban embarcarse.»

La ignorancia del secretario de Deshayes (porque no escribe el mismo Deshayes), es notable; pero se advierte cuan profunda admiración dominaba el ánimo á la vista de los monumentos de Atenas, cuando el mas hermoso de ellos subsistia aun en toda su gloria.

El establecimiento de nuestros cónsules en Atica, es anterior en algunos años al pasaje de Deshayes.

He creído al principio que Stochove habia visto á Atenas en 1630; pero confrontando su testo con el de Deshayes, me he convencido que el noble alemán no habia hecho otra cosa que copiar al embajador francés.

El padre Antonio Pacifico publicó en Venecia en 1636 su *Descripción de la Morea*, obra sin mé-en que se toma á Esparta por Misitra.

Algunos años despues vemos desembarcar en Grecia esos misioneros que llevaban á todos los países el nombre, la gloria y el amor de la Francia. Los jesuitas de París se establecieron en Atenas en 1645; los capuchinos en 1658, y en 1669 el padre Simon compró la *Lámpara de Demóstenes*, que se convirtió en hospicio de extranjeros.

De Monceaux recorrió la Grecia en 1668, y poseemos el extracto de su *Viaje*, impreso á continuación del de Bruyn. Describió algunas antigüedades, especialmente en la Morea, de las que no queda vestigio alguno. De Monceaux viajaba con Laisné por orden de Luis XIV.

En medio de las obras de caridad, nuestros misioneros no descuidaban los trabajos que podian ser honrosos á su patria, pues el jesuita Babin publicó en 1672 una *Relacion del estado actual de la ciudad de Atenas*. Spon fue el editor; y no se habia visto hasta entonces una obra tan completa y detallada de las antigüedades de Atenas.

Mr. de Nointel, embajador de Francia en la Puerta, pasó á Atenas en 1674, acompañado del sabio orientalista Galland, é hizo dibujar los bajos relieves del Partenon; estos bajos relieves han desaparecido, y no es poca fortuna tener hoy los cartones del marqués de Nointel, que no obstante han permanecido ineditos, á escepcion del que representa los frontones del templo de Minerva.

Guillet publicó en 1675, bajo el nombre de su pretendido hermano la Guilletiere, la *Atenas antigua y moderna*. Esta obra, que no es sino una novela, hizo nacer una gran disidencia entre los anticuarios. Spon hizo patentes las mentiras de Guillet; este se amostazó y escribió una carta en forma de diálogo contra los *Viajes del médico lionés*. Spon no guardó mas miramientos, pues probó que Guillet ó La Guilletiere no habia pisado en tiempo alguno á Atenas; que habia compuesto su rapsodia con datos de las memorias perdidas á nuestros misioneros, y exhibió una lista de preguntas enviadas por Guillet á un capuchino de Patrás; por último, publicó un catálogo de ciento doce errores, mas ó menos groseros, que se habian escapado al autor de la *Atenas antigua y moderna* en el discurso de su novela.

Guillet ó La Guilletiere no merece, por consiguiente, ninguna confianza como viajero; pero su obra no carecia de cierto mérito en la época en que la publicó. Guillet hace uso de los datos que obtuvo de los padres Simon y Barnabé, entrambos misioneros en Atenas; y cita un monumento, el *Phanari tou Diógenis*, que no existia ya en tiempo de Spon.

El viaje de Spon y de Weler, realizado en 1675 y 1676, vió la luz pública en 1678.

Todos conocen el mérito de esta obra, donde el arte y la antigüedad son tratados con una crítica ignorada hasta entonces. El estilo de Spon es pesado é incorrecto, pero presenta esa ingenuidad que caracteriza los escritos de aquel siglo.

El conde de Vinchelsey, embajador de la corte de Londres, visitó á Atenas el mismo año 1676, é hi-

zo trasladar á Inglaterra algunos trozos de escultura.

En tanto que todas las investigaciones se dirigian al Atica, la Laconia yacia en completo olvido. Guillet, estimulado por el buen éxito de sus primeras mentiras, publicó en 1676 la *Lacedemonia antigua y moderna*. Meursio habia publicado sus diferentes tratados, de *Populis Atticae*, de *Festis Græcorum*, etc.; etc.; de esta manera procuraba una erudición preparada de antemano á todo el que queria hablar de la Grecia. La segunda obra de Guillet está llena de errores enormes, relativamente á las localidades de Esparta, pues se obstina en que Misitra es Lacedemonia, y él es el que ha acreditado este error. «No obstante, dice Spon, Misitra no está sobre el plano de Esparta, como lo sé por Mr. Giraud, de Vernon y otros, etc.»

Giraud era cónsul de Francia en Atenas despues de diez y ocho años cuando Spon viajaba por la Grecia; sabia el turco, el griego vulgar y el griego sabio, y habia dado principio á una descripción de la Morea; pero habiendo pasado al servicio de la Gran Bretaña, es probable que sus manuscritos hayan caido en manos de sus últimos dueños.

Del viajero inglés Vernon solo queda una carta impresa en el *Philosophical Transactions*, 24 de abril de 1676. Vernon traza con rapidez el cuadro de sus escursiones por Grecia:

«Esparta, dice, es un lugar desierto; pero Misitra, que solo dista de ella cuatro millas, está habitada. En Esparta se ven casi todas las paredes de las torres y los cimientos de los templos con muchas columnas demolidas, como tambien sus capiteles. Todavía subsiste en pié é ileso un teatro; tenia en otro tiempo cinco millas de circunferencia, y está situada á medio cuarto de legua del Eurotas.»

Debe observarse que Guillet indica en el prefacio de su última obra muchas memorias manuscritas acerca de Lacedemonia: «Las menos defectuosas, dice, están en manos de Mr. Saint-Challier, secretario de la embajada de Francia en el Piamonte.»

Hemos llegado á otra época de la historia de la ciudad de Atenas. Los viajeros que hemos citado hasta aquí habian visto en toda su integridad algunos de los mas hermosos monumentos de Pericles: Poccocke, Chandler y Leroi solo vieron sus ruinas. En 1687, mientras Luis XIV hacia erigir la columnata del Louvre, los venecianos derribaban el templo de Minerva. Hablaré en el *Itinerario* de este deplorable acontecimiento, triste fruto de las victorias de Koningsmarck y Morosini.

El mismo año 1687 vió publicarse en Venecia la *Notizia del ducato d'Atene* de Pedro Pacifico; obra insignificante, sin crítica y sin datos.

El padre Coronelli en su *Descripción geográfica de la Morea, reconquistada por los venecianos*, mostró mucha erudición; pero nada nuevo dice, y no deben seguirse á ciegas sus citas y sus mapas. Los mezquinos hechos de armas ensalzados por Coronelli forman un contraste harto grotesco con los célebres lugares que les sirven de teatro. No obstante, se ve entre los héroes de esta conquista á un príncipe de Turena que peleó cerca de Pilos, segun dice Coronelli, con ese valor natural en todos los de su casa. Coronelli confunde á Esparta con Misitra.

L' *Atene antica* de Fanelli toma la historia de Atenas desde su origen, y la sigue hasta la época en que el autor escribia su obra. Esta vale poco, considerada bajo el aspecto de las antigüedades; pero se hallan en ella detalles curiosos sobre el sitio de Atenas por los venecianos en 1687, y un plano de esta ciudad de que Chandler parece haber hecho uso.

Pablo Lucas goza de bastante reputación entre los viajeros, y esto me llena de sorpresa. Cierto es que divierte con sus fábulas: los combates que por sí solo presenta á cincuenta ladrones; las desmesuradas osamentas que á cada paso encuentra; las ciudades de gigantes que descubre; las tres ó cuatro mil pirámi-

des que halla en su largo camino, y por nadie vistas hasta entonces, son en verdad patrañas que entretienen al lector; pero por lo demás, estropea todas las inscripciones que inserta; sus plagios son continuos, y su descripción de Jerusalén está copiada literalmente de la de Deshayes; finalmente, habla de Atenas como si nunca la hubiese visto; y lo que de ella dice, es uno de los cuentos más portentosos que viajero alguno se ha tomado la libertad de dar á luz.

«Sus ruinas, como puede juzgarse, son la parte más digna de atención. En efecto, aunque el número de casas es considerable y la atmósfera muy benigna, casi no hay habitantes. Gózanse allí comodidades que no se hallan en ninguna otra parte: vive allí el que quiere, y las casas se dan sin pagar alquiler alguno. Por lo demás, si esta célebre ciudad es entre todas las antiguas la que ha consagrado más monumentos á la posteridad, puede decirse que la bondad de su clima se ha conservado también más que en ningún otro lugar del mundo, á lo menos de los que he visto. Parece que en otros países los hombres se complacen en destruirlo todo, y la guerra ha causado casi en todas partes estragos que al arruinar los pueblos han desfigurado todo lo hermoso que contenían. Solo Atenas, ora por casualidad, ora por el respeto con que naturalmente debía mirarse una ciudad que había sido el emporio de las ciencias, y á la cual todo el mundo debía reconocimiento: Atenas, repito, ha sido la única que se ha librado de la destrucción universal; hállanse con profusión en ella mármoles de una hermosura y tamaño sorprendentes; y á cada paso se tropieza con columnas de granito y jaspe.»

Atenas está muy poblada, y sus casas no se dan de balde; no se tropieza en ella á cada paso con columnas de granito y jaspe; por último, diez y siete años antes del 1704, los monumentos de esta célebre ciudad habían sido destruidos por los venecianos. Lo más extraño es que ya eran muy conocidos los diseños de Mr. de Nointel y el Viaje de Spon, cuando Pablo Lucas imprimió esta relación, digna de las *Mil y una noches*.

La *Relación del viaje* del señor Pellegrin en el reino de Morea, es de 1748. El autor se presenta como hombre de escasa educación y de ciencia aun más escasa; su miserable folleto, de ciento ochenta y dos páginas, es una recapitulación de anécdotas amorosas, de canciones y malos versos. Los venecianos, dueños de la Morea desde 1685, la perdieron en 1745. Pellegrin escribió la historia de esta última conquista de los turcos; y esto es lo único que interesa en su relación.

El abate Fourmont fue por orden de Luis XV á buscar al Levante inscripciones y manuscritos. Citaré en el *Itinerario* algunos descubrimientos hechos en Esparta por este sabio anticuario. Su Viaje ha quedado manuscrito, y no conocemos de él sino algunos fragmentos; sería de desear que se publicase, porque nada tenemos completo acerca de los monumentos del Peloponeso.

Pococke visitó á Atenas al regresar de Egipto, y describió los monumentos del Atica con esa exactitud que hace conocer las artes sin hacerlas amar.

Wood, Hawkins y Bouverico hacían entonces su viaje en honor de Homero.

El primer viaje pintoresco de la Grecia es el de Leroi. Chandler acusa á este artista francés de inexacto en algunos dibujos, en los que ha hallado adornos superfluos; los cortes y los planos de Leroi no tienen la escrupulosa fidelidad de los de Stuart; pero bien considerado, su obra es monumento que hace honor á la Francia. Leroi había visitado á Lacedemonia, que distingue muy bien de Misitra, y cuyo teatro y *dromos* reconoce.

No sé si las *Ruins of Athens* de Roberto Sayer son una traducción inglesa y un nuevo grabado de las

láminas de Leroi; confieso igualmente mi ignorancia sobre el trabajo de Pars, del cual Chandler hace muchas veces el elogio.

El año 1761, Estuart enriqueció su patria con la obra tan conocida con el título de *Antiquities of Athens*; es un excelente trabajo, útil especialmente á los artistas, y ejecutado con ese rigorismo de dimensiones de que se hace alarde en nuestros días; pero el efecto general de los dibujos no es bueno, pues la verdad que se advierte en los pormenores falta en el conjunto; el lápiz y el buril británicos no tienen bastante limpieza para reproducir las líneas tan puras de los monumentos de Pericles, porque se advierte siempre cierta vaguedad en las composiciones inglesas. Cuando la escena está colocada bajo el nebuloso cielo de Londres, este estilo vaporoso no carece de atractivos; pero destruye los deslumbradores paisajes de la Grecia.

El *Viaje* de Chandler, que siguió de cerca á las *Antigüedades* de Estuart, podría hacer superfluos todos los demás. El doctor inglés ha desplegado en su trabajo una rara fidelidad, una erudición fácil, y no obstante profunda, una sana crítica y un esquisito juicio. Solo le acuso por hablar con frecuencia de Wheler y por escribir el nombre de Spon con marcada repugnancia. Spon merece ser citado cuando se hace mención del compañero de sus trabajos. Chandler, como sabio y como viajero, hubiera debido olvidar que era inglés. En 1805 publicó el último viaje á Atenas, que no he podido proporcionarme.

Riedesel recorrió el Peloponeso y el Atica en el año 1774, y atestó su reducida obra de muchas grandes reflexiones sobre las costumbres, las leyes, la religión de los griegos y de los turcos; pues este barón alemán viajaba por la Morea tres años después de la expedición de los rusos. Multitud de monumentos habían desaparecido en Esparta, en Argos y en Megalópolis, á consecuencia de esta invasión; así como las antigüedades de Atenas debieron su última destrucción á la expedición de los venecianos.

El primer tomo de la magnífica obra de Mr. de Choiseul vió la luz á principio del año 1778. Citaré con frecuencia esta obra con los elogios que merece, en el discurso de mi *Itinerario*. Aquí observo únicamente que Mr. de Choiseul no ha publicado aun los monumentos del Atica y del Peloponeso. El autor se hallaba en Atenas en 1784; y creó fue en este año cuando Mr. de Chabert determinó la latitud y la longitud del templo de Minerva.

Las investigaciones de MM. Foucherot y Fauvel empiezan en 1780, y continúan en los años siguientes. Las Memorias del último viajero hacen conocer lugares y antigüedades desconocidas hasta entonces. Mr. Fauvel fue mi huésped en Atenas, y en otra parte hablaré de sus trabajos.

Nuestro eminente helenista, d'Ansse de Willoisson, recorrió la Grecia casi en la misma época; pero no hemos disfrutado del fruto de sus estudios.

Mr. Lechevalier pasó algunos momentos en Atenas en 1785.

El viaje de Mr. Scrofaní presenta el sello de su siglo, es decir que es filosófico, político, económico, etc. Es inútil para el estudio de la antigüedad; pero las observaciones del autor relativamente al suelo de la Morea, su población y comercio son excelentes y nuevas.

En tiempo del viaje de Mr. Scrofaní, dos ingleses subieron á la cima más culminante del Taijeto.

En 1797, MM. Dixo y Nicolo Stephanopoli fueron enviados á la república de Maina por el gobierno francés: estos viajeros hacen un gran elogio de esta república, acerca de la cual se ha discutido tanto. Tengo la desgracia de mirar á los maniotas como una asociación de forajidos, esclavos de origen, que así son los descendientes de los antiguos espartanos, como los drusos lo son del conde de Dreux; no puedo pues, participar del entusiasmo de los que ven en esos piratas del

Taijeto los virtuosos herederos de la libertad lacedemonia.

El mejor guía para la Morea sería ciertamente monsieur Pouqueville si hubiese podido ver todos los lugares que ha descrito; pero por desgracia se hallaba prisionero en Tripoliza.

Entonces lord Elgin, embajador de Inglaterra en Constantinopla, realizaba en Grecia los trabajos y los estragos que tendré ocasión de aplaudir y lamentar. Poco después que él, sus compatriotas Swinton y Hawkins, visitaron á Atenas, Esparta y Olimpia.

Los *Fragmentos para servir al conocimiento de la Grecia actual* terminaban la lista de todos estos viajes antes de la publicación de las *Cartas sobre la Morea*, por Mr. Castellan.

Resumamos ahora en breves palabras la historia de los monumentos de Atenas. El Partenon, el templo de la Victoria, gran parte del de Júpiter Olímpico, y otro monumento denominado por Guillet la *Linterna de Diógenes*, fueron vistos en toda su hermosura por Zygomalas, Cabasilas y Deshayes.

De Monceaux, el marqués de Nointel, Galland, el padre Babin, Spon y Wheler, admiraron aun el Partenon en su integridad; pero la *Linterna de Diógenes* había desaparecido, y el templo de la Victoria saltado por los aires á consecuencia de la explosión de un almacén de pólvora, no quedando de él sino el frontón.

Pococke, Leroi, Stuart y Chandler hallaron el Partenon medio destruido por las bombas de los venecianos, y derribado el frontón del templo de la Victoria. Desde este tiempo, las ruinas han ido en lastimoso aumento; ya diré cómo lord Elgin contribuyó á él.

La Europa sabía se consuela con los dibujos del marqués de Nointel, los *Viajes pintorescos* de Leroi y de Stuart. Mr. Fauvel ha moldeado dos cariátides del Pandroseo y algunos bajos-relieves del templo de Minerva; una metopa del mismo está en manos de Mr. de Choiseul; y lord Elgin le ha arrebatado otros muchos que perecieron en un naufragio en Cérigo. MM. Swinton y Hawkins poseen un trofeo de bronce, encontrado en Olimpia; la estatua mutilada de Ceres-Eleusina está también en Inglaterra; por último, tenemos en *tierra cocida* el monumento coriáico de Lisíerates.

Es muy triste el observar que los pueblos civilizados de Europa han causado más daño á los monumentos de Atenas, en el espacio de ciento cincuenta años, que todos los bárbaros juntos en una dilatada serie de siglos; ¡es desgarrador pensar que Alarico y Mahomet II respetaron el Partenon, y que ha sido destruido por Morosini y lord Elgin!

SEGUNDA MEMORIA.

He dicho que me proponía examinar en esta segunda Memoria la autenticidad de las tradiciones cristianas en Jerusalén. Respecto de la historia de esta ciudad, como no presenta oscuridad alguna, no há menester de esplicaciones preliminares.

Las tradiciones de la Tierra-Santa derivan su certidumbre de tres fuentes: de la historia, de la religión y de los lugares ó localidades. Considerémoslas primero bajo el punto de vista de la historia.

Jesucristo, acompañado de sus Apóstoles, cumplió en Jerusalén los misterios de su Pasión. Los cuatro Evangelios son los primeros documentos que nos describen los hechos del Hijo del Hombre; y las actas de Pilatos conservadas en Roma en tiempo de Tertuliano, atestiguan el hecho principal de esta historia, á saber: la crucifixión de Jesus de Nazaret.

El Redentor espira, y José de Arimatea obtiene el sagrado cadáver, y le hace sepultar en un sepulcro al pié del Calvario. El Mesías resucita al tercer día, se muestra á sus Apóstoles y Discípulos, les da sus instrucciones, y luego sube á la diestra de su Padre. Desde entonces la Iglesia empieza en Jerusalén,

Fácilmente se concibe que los primeros apóstoles y los parientes del Salvador, según la carne, que componían esta primera Iglesia del mundo, nada ignoraban de la vida y muerte de Jesucristo. Es esencial observar que el Gólgota estaba fuera de la ciudad, así como el monte de los Olivos; de esto resultaba que los Apóstoles podían orar más fácilmente en los lugares santificados por el divino Maestro.

El conocimiento de estos lugares no estuvo encerrado mucho tiempo en un reducido círculo de discípulos; San Pedro convirtió en dos predicaciones ocho mil personas en Jerusalén; Santiago, hermano del Salvador, fue elegido primer obispo de esta Iglesia el año 35 de nuestra era, y tuvo por sucesor á Simeon, primo de Jesucristo. Sigue luego una serie de trece obispos de raza judía, que ocupan un periodo de ciento veinte y tres años, desde Tiberio hasta el reinado de Adriano. Hé aquí sus nombres: Justo, Zaqueo, Tobias, Benjamin, Juan, Matías, Felipe, Séneca, Justo II, Levi, Efro, José y Judas.

Si los primeros cristianos de la Judea consagraron monumentos á su culto, ¿no es probable que los erigiesen con preferencia en los lugares que habían sido teatro de algunos milagros? ¿Y cómo dudar que hubo desde entonces santuarios en Palestina, cuando los fieles los poseían en la misma Roma y en todas las provincias del Imperio? Cuando San Pablo y los demás apóstoles dan consejos y leyes á las Iglesias de Europa y Asia, ¿á quién se dirigen sino á las congregaciones de fieles, que llenan un recinto comun bajo la dirección de un pastor? ¿No es esto mismo lo que implica la palabra *ecclesia*, que en el griego significa igualmente *asamblea* y *lugar de asamblea*? San Cirilo la toma en este último sentido.

La elección de los siete diáconos el año 33 de nuestra era, y el primer concilio celebrado el año 50, anuncian que los Apóstoles tenían en la Ciudad Santa lugares particulares de reunión. Puede también creerse que el Santo Sepulcro fue honrado desde el nacimiento del Cristianismo con el nombre de *Martyrion* ó *Testimonio*. A lo menos, San Cirilo, obispo de Jerusalén, predicando en 347 en la iglesia del Calvario, dice: «Este templo no lleva el nombre de *iglesia*, como los demás, sino que se llama *Testimonio*, como el Profeta lo había predicho.

Al principio de las conmociones de la Judea, en tiempo del emperador Vespasiano, los cristianos de Jerusalén se retiraron á Pella, y cuando la ciudad quedó destruida, fueron á habitar entre sus ruinas. En un espacio de algunos meses no habían podido olvidar la posición de sus santuarios, que hallándose por otra parte estramuros, no debieron sufrir mucho durante el sitio. Simeon, sucesor de Santiago, gobernaba la Iglesia de Judea cuando Jerusalén fue tomada, pues vemos á este mismo Simeon, de edad de ciento veinte años, recibir la corona del martirio en el reinado de Trajano. Los demás obispos que he nombrado y que nos conducen al tiempo de Adriano, se establecieron sobre los escombros de la ciudad santa, y conservaron las tradiciones cristianas.

Que los lugares sagrados eran generalmente conocidos en el siglo de Adriano, se demuestra con un hecho incontestable. Este emperador, al reconstruir el templo de Jerusalén, levantó una estatua á Venus sobre el Calvario, y otra á Júpiter sobre el Santo Sepulcro, y la gruta de Belen fue consagrada al culto de Adonis. La locura de la idolatría publicó también con sus imprudentes profanaciones esa locura de la Cruz que tanto le interesaba ocultar. La fe hacia tan rápidos progresos en Palestina, antes de la última sedición de los judíos, que Barcochébas, caudillo de esta sedición, había perseguido á los cristianos para obligarles á que renunciasen á su culto.

No bien fue dispersada por Adriano la Iglesia judía de Jerusalén el año 137 de Jesucristo, vemos empezar